

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 23 de mayo de 2018

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, pp. 267-279 y J. Carrón, «Introducción» de Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?, suplemento de Huellas-Litterae communionis, junio 2018.

- *Amare ancora*
- *Aconteceu*

Gloria

Veni Sancte Spiritus

¡Bienvenidos todos! Empezamos nuestro trabajo sobre las páginas de *Por qué la Iglesia*, y sobre todo sobre la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad. En las contribuciones que han llegado prevalece el impacto que en muchos de vosotros ha producido el tema de la familiaridad con Cristo. Es el comienzo de la aventura del conocimiento a la que nos ha invitado don Giussani. ¿En qué consiste esta familiaridad, no como definición sino como experiencia?

También yo tengo desde hace tiempo una especie de aguijón dentro de mí, que se ha agudizado después de algunas afirmaciones que has hecho en los Ejercicios. Hablar de familiaridad con Cristo siempre ha coincidido para mí con una familiaridad con quien más me transmitía y me transmite una humanidad distinta, con verme atraída por aquellos a los que veía vivir las cosas de todos con un acento distinto, una pasión distinta, y a esto, por mi educación desde pequeña (por la positividad que se me ha transmitido en la familia y en muchos encuentros que tenido) he aprendido a dar el nombre de Jesús. Con el tiempo, esta familiaridad ha pasado a través de rostros y de formas que son ahora distintos de los del principio. Cuando hablabas en los Ejercicios del valor de la compañía, subrayabas retomando a Giussani: «“Nuestra compañía debe ir más al fondo, debe llevarnos hasta el fondo, nos concierne a nosotros mismos, afecta a nuestro corazón”, [...] debe empujarnos a “una relación [...] personal con Él”». En este matiz —«una relación personal con Él»— me parece que tengo que captar rasgos que no consigo distinguir de los rasgos de la compañía. ¿Cuáles son los signos que muestran que, a través de la familiaridad (hecha de carne) que vivo con la compañía, está creciendo mi relación personal con Jesús? No consigo distinguir la «familiaridad con la compañía» de la «familiaridad con Cristo». En un texto al que hacías referencia en los Ejercicios, se decía: «Si no tuviese una personalidad hasta cierto punto autónoma, [...] si no tuviese un rostro singular en última instancia, de rasgos inconfundibles hasta con los que Él mismo creó como signo de sí... [...] me parece que no buscan a Cristo». No quisiera perderme lo mejor. ¿Puedes ayudarme a ir hasta el fondo en esto?

Lo primero que tenemos que hacer es ayudarnos a ser conscientes de esta cuestión, porque este es justamente el desafío que tenemos delante de nosotros. Es evidente que la familiaridad con Cristo pasa a través de los rasgos de la compañía, pero don Giussani nos ayuda a darnos cuenta de que esto no es mecánico, y de que podríamos quedarnos en la apariencia. Profundizar en los rasgos de la compañía cristiana nos introduce en esta familiaridad, pero, como hemos visto en muchas ocasiones en el Evangelio, este paso no es automático: los discípulos tenían delante Jesús —pensemos en el

episodio de la barca y de los panes que hemos citado en los Ejercicios–, y sin embargo esto no determinaba de por sí un modo distinto de estar en la realidad por su parte. Evidentemente, con su humanidad Jesús se nos hace presente de un modo que nos abre a algo más. Escuchad lo que dice el Evangelio de san Juan: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí [el camino es la carnalidad de Cristo]. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto» (Jn 14,6). Parecía que todo estaba claro, pero un instante después Felipe, como si no hubiese escuchado esas palabras, le plantea la pregunta: «“Señor, muéstranos al Padre y nos basta”. [...] “Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: ‘Muéstranos al Padre’? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?”» (Jn 14,8-10). Existe un vínculo evidente entre la humanidad de Cristo y el Padre. Y sin embargo, a pesar del vínculo que Él reafirma –no lo atenúa, no lo disminuye–, Felipe no llega a darse cuenta de aquello en lo que Él lo introduce. Y por eso hace esa pregunta, que es un poco parecida a la tuya. Jesús insiste: «Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. [...] Yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras» (Jn 14,10-11). Es decir, el hecho de encontrarse delante la carnalidad de Jesús empuja a ir más allá: Jesús quiere introducir a Sus amigos en una familiaridad con Su origen, que es el Padre. Los discípulos pueden quedarse en la apariencia o entrar en esa familiaridad que los introduce en la relación personal con el Infinito. Como no se podían ver los rasgos de Cristo sin que remitiesen al Padre, del mismo modo no podemos mirar los rasgos de la compañía sin llegar a Cristo, a ese rostro «singular en última instancia», como has dicho. Es muy bonito cómo lo describe don Giussani en una página memorable, durante un encuentro con personas del Grupo adulto: «Es muy hermosa la música y cómo la habéis cantado, el sentimiento [...] de amistad y fraternidad que reflejabais y de compañía en una aventura [parecería que todo se agota en esto]. No obstante, si las cosas se pudiesen enumerar como las he enumerado yo ahora y basta, y se diese por descontado algo distinto [como nos conoce bien, nos advierte: ¡atención!] –que se acepta y se reconoce (entendámonos) [todos citan a Jesús], pero que se da por descontado–, y no se pronunciara Su nombre con énfasis en el diálogo, con ganas de hacerse oír, con ganas de escucharlo, si no tuviese una personalidad hasta cierto punto autónoma, si no tuviese un rostro singular en última instancia, de rasgos inconfundibles incluso con los que Él mismo creó como signo de sí... » (*El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 166). ¿Cómo sabemos que esto no sucede? ¿Cómo podemos verificar si nos hemos quedado en todo este mundo de familiaridad preciosa –de canto, de música, de amistad, de compañía– y no hemos llegado al reconocimiento de esta personalidad autónoma, de este rostro «singular en última instancia»? ¿Cuál es el signo de que muchas veces no llegamos hasta ahí?

El trabajo que hemos empezado sobre la Introducción de los Ejercicios me está suscitando muchas preguntas con respecto al punto de la compañía. En el apartado segundo planteas esta pregunta: «¿Quién de nosotros ha dicho “Tú” a Cristo hoy con la familiaridad con que se trata a las personas verdaderamente queridas?».

¡Perfecto! Detengámonos un instante pensando en esto: ¿cuántos de nosotros –aquí presentes o conectados por vídeo– han dicho hoy a Cristo «Tú» con esa familiaridad? Todos estamos aquí en la compañía y a lo largo del día nos hemos encontrado con alguien, pero ¿cuántos se han sorprendido hoy diciéndole «Tú»? Haber identificado esto –como has hecho tú–, nos permite empezar a responder a la pregunta: ¿Cuáles son los signos que desvelan que yo no me he quedado en la apariencia? Tú dices: empezar a decir «Tú» a Cristo.

De hecho, esta pregunta ha abierto en mí una herida, que sin embargo muchas veces trato de cerrar. Te cuento un hecho para explicarme mejor. Yo estudio en la universidad, y hace algunas semanas volví a casa para estar con un hermano mío que tiene algunas dificultades en el estudio. En esos días tenía un gran deseo de estar con él, convencido de que estudiando conmigo mejoraría; lo motivaba con frases bonitas, pensando que esto le ayudaría. Pero cuanto más hacia esto, más me daba cuenta de que esas frases eran justas, eran bonitas, pero estaban vacías incluso para mí.

Podemos decir frases muy justas, y sin embargo vacías.

Exacto. Sin embargo, yo era el primero que necesitaba volver a escucharlas, descubrir que eran verdaderas para mí. Después, durante una cena con mis padres, mi padre contó sobre los Ejercicios y sobre la gratitud hacia esa compañía que le ayuda a vivir una familiaridad con Jesús y que se expresa también en un gesto como el fondo común. Pero yo veo que en muchos gestos que nos proponemos siempre vuelven a aparecer mis objeciones; pienso en una venta pública de Tracce, y me quedo quieto en medio de la gente pensando solo en mis prejuicios: «Pero ¿por qué tengo que hacerlo?», «¿para qué me sirve esto?», cuando la noche antes, con un grupo de amigos, había descubierto la conveniencia de este instrumento para mí. Al día siguiente todo este trabajo había quedado barrido por mi objeción, por mi impresión de las cosas. ¿Por qué mi objeción, mi impresión de las cosas, es un punto equivocado, si es el primer dato que surge en mí? Esto me sucede con frecuencia incluso con mi novia o con mis amigos de la comunidad; de hecho, cuando estoy en la Escuela de comunidad o con mi novia tengo siempre el problema de qué tengo que decir o qué tengo que hacer, reduciendo todo a las habituales frases adecuadas, pero vacías. Me doy cuenta de que todo esto desemboca en esa «desmoralización» de la que hablas, porque estoy más enamorado de otra cosa que de Cristo. Pero si trato así a las personas queridas, si esta familiaridad no existe ni siquiera con ellas, ¿cómo puede ayudarme la compañía contra esta «desmoralización», es decir, cómo me ayuda a decir «Tú» a Cristo?

¿Qué demuestra lo que dices? Aunque no haya familiaridad con la compañía –como dices–, ¿qué ayuda te ofrece la compañía? ¿Cómo desafía tu «desmoralización»? ¡Con su irreductibilidad! ¿Qué hicieron tus padres, por lo que tú contabas? Independientemente de tu actitud ese día, en la cena te desafiaron, hasta el punto de que tú acusaste el golpe. Una cierta impresión es el primer reflejo que provoca en ti toparse con la irreductibilidad una presencia. La cuestión es que esta impresión debe servirte para ir más al fondo de las cosas, no para quedarte en ella. La impresión que surge en ti no es equivocada, es el comienzo que te hace descubrirte interesado por algo. Como dice Giussani en las premisas de *El sentido religioso*: el sentimiento te atrae hacia el objeto para suscitar tu interés, pues en caso contrario permanecerías indiferente. El problema nace cuando te quedas en la apariencia y no secundas la impresión que te quiere llevar más allá. Y entonces ¿cómo te ayuda la compañía? Con su irreductibilidad desafía tus impresiones, como ha hecho tu padre, te empuja a no quedarte en la impresión, pues si no fuera así, te perderías lo mejor, como ves. Te topas constantemente con una diferencia incluso llena de límites, pero distinta de ti, diferente. Esto es lo que desafía la «desmoralización», porque si tú no encontrases una irreductibilidad delante de ti, la «desmoralización» vencería, se extendería por tu vida. En cambio, con todo nuestro límite, con toda nuestra fragilidad vemos cómo es desafiada nuestra «desmoralización». Basta con leer la carta que se cita en la Introducción de la señora que va al *Vía Crucis*: no era un gesto al que fuese especialmente sensible –de hecho, hacía años que no iba–, y quizá no conocía a muchas de las personas que estaban con ella en Caravaggio, pero ¿qué desafió su actitud? La irreductibilidad de un hecho, es esto lo que

la puso en movimiento. Entonces, ¿por qué la familiaridad con Cristo y la no reducción del signo a nuestra impresión son tan importantes?

Con respecto a todos los problemas y las preguntas que planteas, me pregunto si la necesidad principal para una relación real con Cristo, lo más densa y constante posible, no es, en el fondo, la de un ejercicio continuo y sincero de mirar el propio corazón preguntándose qué desea realmente. En mi experiencia, la lejanía con respecto a Cristo se ve favorecida porque, en lo más hondo, busco muchas otras cosas, que después se revelan como insuficientes; en cambio, la cercanía con Él vuelve cuando tengo el valor de mirar con gran sencillez mis deseos y necesidades más profundas. Aunque creo que seguramente necesito esta sencillez de corazón, me gustaría saber si estoy simplificando un problema más grande para adentrarme en este conocimiento.

No, no estás simplificando, no estás banalizando el problema; estas poniendo delante de todos un factor fundamental del diálogo entre tú, tu corazón, y Cristo. La única cuestión que hay que entender es que el corazón, amiga mía, se te ha dado para poder reconocer la respuesta. El corazón no es la respuesta, es el criterio para reconocer la respuesta, para identificar aquello que corresponde a su espera. Por eso en el texto que leía antes se dice: «Si [Cristo] no es un objeto sobre el que se piensa (memoria), del que se habla (invocación), que se contempla con estupor [...] hasta el punto de traducirse en gozo por su presencia [...]; si pasan días y días sin que se diga “Tú” a no ser con la rapidez de fórmulas que se repiten [vacías, decía la intervención de antes]» (*ibídem*), todo lo que hacemos no basta. ¿Cuáles son los rasgos que desvelan que estamos entrando en esta familiaridad? ¿Cuáles son los rasgos que desvelan que estáis entrando en familiaridad con una persona? Que no podéis dejar de pensar en ella (memoria), que no podéis dejar de desearla (invocación), que no podéis dejar de sentir todo el asombro ante esa presencia, un asombro «que se traduce en gozo por su presencia». En una línea don Giussani ha descrito una serie de rasgos de esta familiaridad. La señora que fue al *Vía Crucis* concluía citando el título de los ejercicios del año pasado: «Mi corazón se alegra porque Tú, Cristo, vives». Tú te das cuenta de que has reconocido verdaderamente una presencia porque exalta tu corazón, porque estás contento de que Él viva, como cuando uno se enamora y le dice a la amada: «¡Qué bueno que existas! Porque si tú no existieses yo no te habría conocido, no podría vivir esta exaltación de mi persona, este gozo. ¡Estoy contento porque existes!». La diferencia no está en fórmulas que usamos como palabras vacías, sino en la densidad, en la intensidad que la presencia despierta en nosotros para poder decir de un modo nuevo: «Estoy contento porque Tú vives». ¿Cómo verificamos esto? Una persona puede ir el extranjero y encontrar un trabajo perfecto, a su medida, excepcionalmente satisfactorio, puede estar entusiasmado con él, y sin embargo esto no basta. No le basta y se da cuenta de que no consigue estar tan contenta como cuando estaba aquí, determinada por el reconocimiento de una presencia. Por eso a Giussani le apremia decirnos: si no existe un conocimiento más intenso de Cristo, las cosas pueden incluso ir fenomenal, una puede encontrar el trabajo perfecto, estar entusiasmada y ser reconocida por todos, tener una creatividad fantástica y la gente «maravillarse de su aportación, asombrarse cuando habla: para la gente de allí es como el comienzo del mundo al conocerla [Giussani lo describe con todos los detalles para mostrar la grandiosidad de lo que sucede] [...]. Pero no le basta» (*ibídem*, p. 167). Nuestro corazón, amiga, tiene tal exigencia que cuanto más se ve despertado, más se da cuenta de que la respuesta es lo que se nos ha dado, no lo que conseguimos hacer. Y el criterio para identificarla es el corazón. Como me escribe una amiga que vive demasiado lejos para intervenir personalmente: «La parte que más me ha impresionado y no me ha dejado tranquila de la

Introducción del viernes ha sido esta: “Si todo lo que esperamos no se cumple totalmente en lo que nos ha sido dado, en el hecho que se nos ha dado”, es decir, en el hecho de Cristo, todas nuestras actividades [estupendas, maravillosas, con todo el entusiasmo que generan], todo lo que hacemos “se convierte en la espera de nuestro reino” [y no nos basta]. ¿Cómo mantener despierta esta atención a la iniciativa de Aquel que me hace? ¿Cómo puedo saber si estoy construyendo mi reino o el Suyo?». ¿Cómo saberlo? Porque en un caso tu acción no te basta, mientras que en el otro construyes sobre una plenitud, lo que haces nace de una plenitud y no del esfuerzo de llenar el vacío que hay en ti; nace de una presencia tan impresionante que te hace libre en el presente.

Al releer la Introducción del viernes por la noche, me ha dejado alucinada darme cuenta de que esas palabras iluminaban mi experiencia; vivir con atención mi experiencia me ha permitido comprender esas palabras, en particular el punto tres, en donde citas a Giussani y su insistencia, su no cejar en reclamarnos al único que puede satisfacer el corazón. Me acuerdo de que, «hace siglos», cuando iba a la universidad, me fastidiaba mucho, en cierto sentido, este continuo desplazamiento del centro de atención...

Le fastidiaba, ¿entendéis? Lo que le fastidiaba es que era algo que no podía reducir a sí misma. Esto era lo que más desafiaba su «desmoralización», incluso de este modo.

Recuerdo que hacía algo obedeciendo, y Giussani decía: «No es esto». Y yo: «Pero ¿cómo que no es esto?». Después, durante todos estos años, poco a poco, estando en la Iglesia dentro de nuestra compañía, he visto crecer a mi alrededor, en el colegio con los chavales o dando catequesis en la parroquia, amistades preciosas con personas que lentamente se han implicado en nuestra vida por la fascinación de la amistad entre nosotros. Como la amiga que me ha acompañado esta noche. De algún modo, yo he sido para ellas y para mi marido solo este punto de partida, pero realmente una compañía a través del buen Dios. Como ahora me siento ante todo responsable de mí misma y de estas amigas, me doy cuenta de lo verdadera que es la preocupación de Giussani: si nos quedamos en la superficie de esta experiencia bonita, enseguida nos desilusiona, ya no nos sirve a nosotros mismos, no rebosa en la vida cotidiana (los hijos, la salud, todas las circunstancias de la vida), se convierte en un club cerrado. Pero no tenemos tiempo que perder. Por eso te agradezco muchísimo que sigas insistiendo machaconamente en lo único que necesitamos para vivir.

Esta es la verdadera compañía, que nos permite ir constantemente hasta el fondo de las cosas, porque todo el deseo de Giussani es acompañarnos en el camino. ¿Qué hace Giussani con nosotros? Lo que hacía Jesús con Sus discípulos: no cejar —«pero, ¿no comprendéis?»—. No cejar, pero ¿con qué objetivo? Que no nos quedemos en la superficie de las cosas, pues en caso contrario antes o después estaremos desilusionados. Por eso Giussani dice que podemos encontrarnos en una fiesta estupenda, maravillosa, pero si tomar conciencia de lo que estamos viviendo no llega a ser, en un momento dado, conciencia de una presencia «singular en última instancia», nos mostraremos desilusionados. Porque lo que puede cumplir nuestra vida no son las cosas que hacemos, sino únicamente Su presencia. Yo he pensado muchas veces: ¿cuántas personas en esa situación, o en muchas otras en donde vivimos experiencias análogas, han sentido la urgencia de decir Su nombre, de no quedarse en la belleza de lo que estaba sucediendo? Atención, porque no es que Giussani estuviese haciéndose el místico, como pensamos muchas veces frente a ciertas cosas que decía: «¡Bueno, era Giussani!». ¡No, no, no! Eso también lo puede decir una persona enamorada. Porque si os invitan a una fiesta de la empresa en el lugar más romántico del universo (con velas, con un lago, todo perfectamente organizado), pero falta vuestra mujer, todo es bonito, pero sin ella es demasiado poco para vosotros.

En esa fiesta no «tenéis» que hacer memoria de vuestra mujer, ¡sino que no podéis dejar de hacer memoria de ella! Pensar en ella nace de las entrañas de la experiencia que tenéis: cuanto más bella es la experiencia, más me doy cuenta de que falta ella. Por eso, el anhelo de Giussani nace de una experiencia humanísima como esta: que todo sea ocasión de memoria. Un hombre nunca pensaría: «Como estoy casado, entonces tengo que sentir nostalgia de mi mujer». Debido a que está verdaderamente implicado con una presencia, no puede dejar de sentir la exigencia de que ella esté con él en la fiesta. Repito, es una experiencia humanísima. Por eso dice don Giussani: «Estemos atentos, porque la presencia de Jesús entre nosotros puede ser el origen de todo un mundo de humanidad, lleno de gozo y de amistad, de razones formalmente indiscutibles y de una ayuda formal y materialmente concreta que este mundo está dispuesto a ofrecernos [...], y sin embargo, Jesús podría quedar reducido al “retrato de una hermosa mujer esculpida en el monumento sepulcral de la misma”» (*ibídem*, p. 169), es decir, a algo vacío. Este no cejar de Giussani —que nos recordabas por experiencia directa— es el testimonio de cuál es la verdadera compañía que nos hace ir hasta el fondo, una compañía irreductible a todas nuestras reducciones. Y esto emerge con claridad, como me escribe una amiga: ante la duda de ir o no a los Ejercicios, «en un instante de lucidez, al volver de misa, miré a nuestro hijo [¿qué tiene que ver mirar al hijo con ir a los Ejercicios?] y le dije a mi marido: “¿Por qué no vamos a los Ejercicios? Sé que esto implica dejarlo con los abuelos, etc., pero [atentos al nexo que establece], ¿qué podemos dejar a nuestro hijo, si no le transmitimos esto?”. Me conmovió, también mi marido estaba conmovido [y decidió ir]. Me he preguntado: ¿qué me ha llevado (más aún: nos ha llevado) hasta las lágrimas? Una cosa que estaba rompiendo algo dentro de mí, mi medida. He tenido la sensación de haberme convertido en madre en ese momento [¡ha sido evidente!]. ¿Qué herencia, qué le puedo dar sino un bien tan grande que va más allá del hecho de ser una madre estupenda?». Ha superado todas las dificultades que implicaban dejar a su hijo, porque ha entendido que esta adhesión era lo que le hacía ser madre de verdad. Cuando nos encontramos en situaciones como estas, nos bloqueamos. Entendedme, si es necesario quedarse en casa porque no existe otro camino, uno renuncia, ya pensará el Misterio cómo alcanzarlos de otro modo. Pero es distinto usar las dificultades para justificarnos. En cambio, cuando se produce este momento de lucidez, todas las objeciones quedan reducidas a nada, y se empieza a vislumbrar una respuesta. Continúa la carta: «Mi jornada está llena de esto: estoy en el trabajo y pienso que debería estar en casa, estoy en casa y pienso que he dejado cosas pendientes en el trabajo; pero en ese momento me resultó evidente que había Alguien que me decía: “No me interesa lo capaz que seas aquí o allá, Yo te quiero así”, y me hizo ser más madre de lo que yo pensaba que era [vemos que está creciendo una familiaridad con Cristo porque empezamos a percibirnos de otra forma]. Por eso después de los Ejercicios he vuelta a casa, a la rutina de todos los días, y las cosas siguen siendo las mismas: está el trabajo, la casa, piensas en casa y piensas en el trabajo, pero estás segura de que existe un lugar en el que puedes respirar de nuevo porque puedes encontrarte con Él. Y he retomado la Escuela de comunidad con un poco más de seriedad por esta intuición que aparece muchas veces en mi vida y que muchas veces olvido, como de hecho he olvidado; sin embargo, por suerte, siempre vuelve a aparecer».

Me impresionó mucho cuando el viernes por la noche, citando a don Giussani, nos dijiste que el criterio de verificación para reconocer si Cristo ha entrado en nuestra vida, es decir, si nos resulta más familiar, es si el acontecimiento de Cristo incide en mi forma de vivir, de estar frente a la realidad, frente las situaciones y a los desafíos cotidianos. Si no es así, es decir, si no tenemos esta

familiaridad, afrontamos la realidad como todos, es decir, partiendo de las impresiones que las cosas suscitan en nosotros, y como todos, terminamos asfixiándonos en una vida que nos «paraliza». Esto me provoca mucho. En este periodo dramático por las dificultades que están atravesando mis padres, me doy cuenta de que cuando no parto de Cristo, del hecho de que Él está y de que abraza todo, y de que ni siquiera una lágrima se pierde, me asalta la angustia, y no soy capaz ni siquiera de hablar por teléfono con mis padres. Solo Cristo me hace libre de cualquier proyecto y de cualquier impresión. Partir de Cristo no significa eliminar la exigencia de sentido con respecto a las dificultades, no me hace estar tranquilo; partir de Cristo significa entrar en relación con Él, volver a poner en Él toda la necesidad de sentido que tengo, con la seguridad de que no estoy solo. Esto cambia incluso el modo con el que puedo hacer compañía a mis padres. Pongo un ejemplo: el otro día, hablando con mi madre, me esforzaba por encontrar esos elementos positivos que daban un poco de horizonte al día; después, al retomar los Ejercicios, me daba cuenta de que la cuestión no es ni siquiera esta, la cuestión no es encontrar las cosas positivas que dan una aparente satisfacción dentro de la dramaticidad de la vida; el punto es estar seguro de una relación, es estar cierto de que Quien me da las cosas me las da para mí y para mi camino, y esto es bueno y positivo, no hace falta nada más. Es el camino que el Señor me está dando. Esta semana me recordaba mi mujer que quien está permitiendo estas dificultades es Aquel que hace algún tiempo había dado cosas preciosas a mis padres. Estoy descubriendo que la familiaridad con Cristo no cambia las circunstancias, pero da una satisfacción plena dentro de la dinámica de la vida con todas sus aparentes contradicciones. Quizá se me pide, más que nunca, recordar a mi madre este amor: recordarle que en la vida, incluso en medio de las dificultades, somos amados. Sinceramente, no sé cómo hacer compañía a mis padres de forma concreta: siempre he pensado que son los padres los que tienen que sostener a los hijos y no al contrario. Para mí todo esto está suponiendo un descubrimiento continuo, porque por desgracia, me veo todavía muy frágil, a pesar de todos los milagros que veo suceder a mi alrededor. Estoy agradecido a esta compañía, que me sostiene y ayuda a mi mirada a permanecer fija en Cristo.

Esta es la tarea de nuestra compañía. Y lo vemos muy bien cuando esta tarea se realiza: cuando no es así «me asalta la angustia»; en cambio, cuando está, «me hace libre de cualquier proyecto». Entonces, «partir de Cristo significa entrar en relación con Él» de nuevo; en relación con Él y con esa presencia de rasgos inconfundibles, «singulares en última instancia». «Estoy descubriendo que la familiaridad con Cristo no cambia las circunstancias, pero da una satisfacción plena dentro de la dinámica de la vida»: esto no es posible decirlo, salvo que uno lo esté viviendo, que esté experimentándolo. Solo cuando uno descubre este camino se sorprende haciendo cosas que creía imposibles. Me asombra mucho lo que dices: puedes hacer compañía a tus padres en este momento de dificultad justamente por el camino que estás haciendo tú, pues en caso contrario les propondrías soluciones que serían fallidas para ti y que lo serían también para los padres, para los hijos, para los compañeros, para los amigos del grupo de Fraternidad. Solo podremos llegar a ser de verdad compañía unos para otros, una compañía que no ceja, si nos mantenemos en camino, si descubrimos constantemente qué introduce en nuestra vida la familiaridad con Cristo. Y entonces a uno le entran ganas de comunicarlo, a su madre o al vecino, como me escribe una persona desde el extranjero: «El mes pasado murió un vecino nuestro, un viejecillo de 97 años que vivía en nuestra calle desde que nació y que constituía su memoria histórica. Muchas veces nos encontrábamos en el jardín, y nuestras conversaciones giraban siempre en torno a la jardinería: él siempre nos tomaba el pelo porque decía que nuestro jardín daba pena, mientras que el suyo siempre estaba bien cuidado y

exuberante. Hace un año, cuando ya era consciente de que la muerte se estaba acercando y de que las piernas ya no lo sostenían, me dijo de repente un día: “Pero ¿para qué sirve nacer, si después todo lo que se vive termina en la nada, en la tierra?”. En ese momento experimenté una conmoción y una ternura tan profunda hacia él, que le dije: “Amigo, nada de lo que es bello y bueno se perderá. Todo permanece para siempre. Hay una gran fiesta que te espera en el Paraíso”. Me miró con su mirada irónica y me preguntó: “Pero ¿tú crees de verdad que existe esta fiesta?”. Y yo, entre lágrimas, le dije: “¡Estoy segura de ello!”. Entonces su mirada cambió de repente, se llenó de una nostalgia fortísima. Apoyó su cabeza en mi espalda y me dijo: “Entonces, invítame a esta fiesta”. Desde ese instante, todo lo que pudimos hacer en nuestra pequeñez por asistirlo en los meses difíciles que siguieron –hasta que fue ingresado en el hospital–, estuvieron llenos de esa promesa que Dios hizo suceder aquel día en el jardín. Cuando murió, vi con dolor que sus parientes, que no creen en nada, no organizaron ni siquiera un funeral laico, únicamente una ronda de cervezas en el bar para todos aquellos que le conocían. Entonces decidí escribirles una carta, en la que les contaba aquella conversación que había tenido con él en el jardín, porque este hecho salva todo y a todos. Su hermana me respondió dándome las gracias, porque su hermano le había hablado siempre de nosotros y había conservado hasta el final los dibujos de nuestras niñas entre las cosas más queridas. Ante un hecho como este no puedo dejar de pedir de rodillas al Señor que use mi vida, que la tome según Su designio, para que todos los hombres, hermanos nuestros, con los que nos crucemos en nuestro camino, puedan ser invitados a ese banquete celestial que los espera. Es lo que le pasó al buen ladrón: un instante de conmoción delante de Cristo lo salva todo, me salva a mí, y a aquellos con los que me encuentro, de la nada en la que parece que la vida se hunde». ¡Detrás de la insistencia de Giussani con respecto a la familiaridad con Cristo está la lucha contra la nada! No se trata ni siquiera de ser un poco más piadosos o devotos, ¿entendéis? El verdadero desafío es –parafraseando la pregunta de aquel viejecillo–: ¿para qué sirve nacer, si después todo lo que se vive termina en la nada? ¿Y si, después de la experiencia que vivimos juntos cuando nos encontramos, cuando cambie la situación o termine la fiesta, al día siguiente, no queda nada? La tentación de Montale está siempre al acecho: darnos la vuelta y ver solo «la nada a mis espaldas, el vacío detrás / de mí, con un terror de borracho» («Forse un mattino andando in un'aria di vetro...», vv. 3-4, en *Ossi di seppia*). Por tanto, ¿en qué se ve si existe nosotros esta familiaridad con Cristo? En el hecho de que puedo mirar con una certeza en el corazón la situación más dramática de la vida, cuando uno empieza a acercarse al umbral último. A veces son los otros los que nos hacen darnos cuenta, los que nos hacen conscientes de lo que llevamos.

Estudio en la universidad. Quiero contar un hecho que me ha pasado en la facultad con una compañera de curso muy querida para mí. En estos tres años de universidad siempre he tenido una relación muy bonita y muy libre con ella, aunque nunca ha sido verdadera hasta el fondo. De hecho yo siempre tenía muchas dudas sobre si decirle que era católica y que pertenecía al movimiento de Comunión y Liberación, también porque ella es atea. En estos últimos dos meses han sucedido hechos que me han asombrado y me han hecho darme cuenta de que yo no hago nada, de que es el buen Dios quien actúa. Un día estábamos en la facultad para una asamblea y yo, al ser representante estudiantil, estaba hablando con la coordinadora del curso con respecto a algunas cuestiones que le preocupaban. Mi compañera de curso, escuchando esa conversación, reaccionó diciendo: «Profe, ¡qué suerte tener una alumna así!». La profe respondió: «Sí, es estupenda, es buena, está disponible». En ese momento mi amiga explotó diciendo: «Es feliz, por esto la sigo».

«¡Es feliz!». ¡Dilo con énfasis, como lo habrá dicho tú compañera! ¿No te entusiasmas al contarlo? Tu amiga no lo habrá dicho tan triste, ¿no? ¡Venga!

«Es feliz, ¡por esto la sigo! Yo quiero ser así, y también tener muchas de sus cualidades». Rompí a llorar y la abracé. De ahí ha nacido una nueva relación entre nosotras y he empezado a contarle quién soy, qué es para mí el CLU, quienes son los amigos de la Escuela de comunidad y cómo vivo mi vida cotidiana: el estudio, la vida en el piso y las cosas que tengo que hacer durante el día. Ayer terminamos las clases y a ella le preocupaba el hecho de que, al no vernos como antes, nuestra relación pueda terminar, porque quiere ser acompañada en todas las preguntas que tiene.

¿Lo veis? Surge la tentación, el miedo de que «nuestra relación pueda terminar».

Yo le he respondido que lo más bonito tenía que llegar todavía, y que a través de su sencillez a la hora de estar delante de las preguntas era ella la que me estaba ayudando a ser seria conmigo misma. Se quedó muy impresionada, nos despedimos con un abrazo y se dirigió en silencio a la estación. Hoy me ha escrito diciéndome que había muerto una maestra suya del colegio, y que había sentido la necesidad de ir a su funeral, y me ha dicho que no tiene bien claro el motivo por el que ha ido, pero que sentía que tenía que hacerlo. Pienso que ante esto es evidente que es Otro el que obra. Estoy verdaderamente conmovida por lo que el buen Dios me hace vivir durante la vida cotidiana. ¡Qué sobreabundancia!

A veces nos lo hace descubrir a través de otra persona que percibe –antes y más que nosotros– toda la novedad que llevamos. Solo esto nos puede invitar de verdad a ir hasta el fondo, hasta el origen de lo que el otro ve en mí y que me devuelve, pues en caso contrario no conseguiremos encontrar respuesta adecuada a los desafíos de la vida.

Hace algunos días, mientras estaba en la sala de profesores, un compañero mío vino a despedirse de mí y de otra compañera, diciendo que era su último día en la escuela porque tenía que ingresar en el hospital junto a su hija, a la que habían diagnosticado una leucemia que había que tratar urgentemente. Tenía que ingresar él y no la mujer, porque ella acababa de dar a luz. Estaba muy tranquilo, lleno de dolor pero muy sereno, aunque la situación es difícil; tiene que estar en el hospital por lo menos un mes con su hija, y las visitas están restringidas a alguna hora al día y a una sola persona. Solo le asustaba un poco que su mujer se viniese abajo por todo el peso de estas preocupaciones y del cuidado de las hijas. Como vivimos cerca, le dije: «Alguna tarde puedes traer a tu hija mayor al parque con mis hijas», y basta. Después de que se fuera, la otra compañera me dijo: «Bueno, este es el momento de la ayuda concreta, no de las palabras. Preparemos una fuente de lasaña para llevársela al hospital». Y era verdad, mirándole a él era verdad que no necesitaba que le dijésemos tantas palabras. Por un momento me había puesto en el lugar de su mujer, de sus otras hijas, y me temblaba la tierra bajo los pies: un recién nacido al que dar de mamar ocho veces al día, tienes en casa otra hija, tu marido está en el hospital con la niña enferma. No era capaz de respirar, tenía la sensación física de que había llegado un camión de ladrillos y me había descargado todo encima. Solo que ese compañero había llegado justo en el momento en que estaba trabajando la Introducción de los Ejercicios, y acababa de subrayar esta frase: «Jesús respondió: “Es imposible para los hombres, pero para Dios nada hay imposible”. El fundamento de la esperanza, de la posibilidad de ser rescatados de la desmoralización, del decaimiento de la tensión del corazón hacia aquello para lo que está hecho, es que Dios se ha hecho hombre en Cristo. “Un hombre nuevo ha entrado en el mundo y, con él, un camino nuevo”: lo imposible se ha vuelto posible». Entonces vi algo nuevo: que el destino de aquella niña, de su madre, de su padre y de sus

hermanas es bueno, ellos son preciosos a Sus ojos y estoy segura de ello por todo lo que me ha sucedido. Y se lo dije a mi compañera, pidiéndole también que me sostuviera para que nuestra amistad llegara hasta ahí, porque si no, yo haré la fuente de lasaña, pero será otro ladrillo que me cae encima, visto lo inadecuada que soy con respecto a la necesidad desproporcionada que son ellos y que también soy yo.

De la necesidad que vemos en los demás y de la necesidad que vemos en nosotros puede surgir, después de habernos encontrado con Él, la urgencia de ir a buscarlo, por el descubrimiento en nosotros de una familiaridad con Cristo, pues en caso contrario también nosotros, aunque vivimos en la Iglesia y estamos en la compañía, podemos percibir una noticia de este tipo como un peso insoportable. Por eso, después de los testimonios de esta noche, me ha venido de nuevo a la mente esta página de don Giussani: «Si Jesús viniese aquí en silencio [...] y se sentase en una silla, allí, [...] y todos nos diésemos cuenta de ello en un momento dado, no sé en cuántos de nosotros sería verdaderamente espontáneo [...] el afecto, conservando al mismo tiempo cierta conciencia de sí. [...] No sé si nos sentiríamos hundidos bajo una capa de vergüenza [...] [porque] no hemos dicho nunca “Tú” [con seriedad]». ¿Qué quiere decir que no Le hemos dicho: «Tú»? Prestad atención a cómo continúa la frase de Giussani: significa «que no hemos tratado de evitar el naufragio total de su Yo personal en nuestro yo colectivo»; nos está diciendo que reducimos el Yo personal de Jesús, Su rostro inconfundible, en la extensión de nuestro yo colectivo. Con frases como esta, de una intensidad única, Giussani nos invita, a través de los desafíos reales, a una compañía real. No hay que disminuir nada la carnalidad de nuestra compañía, pero solo cuando nos encontramos en ciertas situaciones, como la que acaban de describir, uno advierte la urgencia de vivir una compañía adecuada a los desafíos para poder estar delante de la realidad, porque si no nos sostenemos, las circunstancias nos aplastan. De este modo, nos damos cuenta de que la verdadera compañía, la que no nos deja –como nos ha dicho nuestra amiga recordando a don Giussani–, es para sostener la esperanza. Si esto no es así, el nihilismo en expansión saldrá ganando. Pero no ganará, porque en la historia existe una presencia irreductible: es la Iglesia a la que pertenecemos.

Por ello empezamos este camino de trabajo sobre la provocación que han sido los Ejercicios para sorprender cada vez más en nosotros en qué consiste la familiaridad con Cristo. La palabra ya la conocemos todos, todos sabemos su definición, pero es algo bien distinto que esta familiaridad empiece a ser tan carnal que ya no podamos pasar los días sin decir: «Tú» a Cristo, sin buscarlo, sin sorprendernos cuando nos falta, hasta el punto de que todo lo que nos suceda llegue a ser una provocación para buscarle a Él, para pedirle, para suplicarle.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 20 de junio a las 21 horas. Seguiremos con el trabajo sobre la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad. El cuadernillo de los Ejercicios se publicará junto con *Huellas* del mes de junio. Puede ser la ocasión para dar a conocer su contenido también a otros. Difundirlo puede ser una bonita ayuda para muchas personas –pueden ser los padres, el vecino, nuestro compañero, nuestro amigo–, que puede recibir una palabra de esperanza para su vida, un camino para que se vuelva posible también para ellos una familiaridad con Cristo, tan necesaria para vivir. Lo que se nos ha dado a nosotros es para todos.

Libros para el verano. Os proponemos algunos libros que pueden acompañarnos durante el verano para vivir esta familiaridad:

- *Gaudete et exsultate*. Exhortación apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo, Papa Francisco.
- *La convenienza umana della fede*, de Luigi Giussani (volumen 2 de la colección BUR – Cristianesimo alla prova, que reúne los Ejercicios de la Fraternidad predicados por Giussani desde 1985 a 1987), saldrá a la venta el 19 de junio.
- *La voz única del ideal. En diálogo con los jóvenes*, de Julián Carrón (San Pablo). Este pequeño libro recoge los textos de dos encuentros que mantuve con los estudiantes de GS que se preparaban para la prueba de acceso a la universidad en 2010 y en 2013.
- *La sombra del padre. Historia de José de Nazaret*, de Jan Dobraczynski (Palabra).
- *Fundada sobre roca. Historia breve de la Iglesia*, de Louis de Wohl (Palabra). Releer de forma esencial las fases fundamentales de la Iglesia católica puede ser una ayuda para comprender muchos de los aspectos que hemos escuchado y visto en la Escuela de comunidad.

Trabajo de voluntario en el Meeting de Rímini. Indico que este año se pide de forma especial la participación de los adultos tanto en el pre-Meeting como en el Meeting.

Para más información podéis escribir a la dirección de correo: volontari@meetingrimini.org

Procesión del Corpus Christi. Después de la Escuela de comunidad de los meses pasados sobre los sacramentos, es más fácil para todos nosotros comprender por qué la Iglesia celebra la fiesta del Corpus Christi con una procesión pública. Lo hace para testimoniar a todos que nuestra esperanza se apoya en la presencia real de Cristo dentro del signo de la hostia, es decir, que el centro de nuestra compañía, el punto del que surge nuestra compañía es una presencia de rasgos inconfundibles, «singulares en última instancia». Por eso todos estamos invitados a participar en las procesiones allí donde vivimos.

Veni Sancte Spiritus